

La historia cultural en los manuales escolares bonaerenses. La historia del libro medieval entre lo novedoso y lo marginalizado.

David Waiman.

Cita:

David Waiman (2017). *La historia cultural en los manuales escolares bonaerenses. La historia del libro medieval entre lo novedoso y lo marginalizado. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/656>

Número y título de mesa: Mesa N° 123. "*La enseñanza de la historia. Perspectivas y enfoques teóricos y metodológicos*".

Título de ponencia: "La historia cultural en los manuales escolares bonaerenses. La historia del libro medieval entre lo novedoso y lo marginalizado".

Autor: David Waiman

Pertenencia institucional: Dto. de Humanidades (UNS) / Ceicam

"PARA PUBLICAR EN ACTAS"

Los manuales escolares entendidos como fuentes históricas, esto es, representaciones ideológicas¹ de un tiempo y espacio concreto, son el soporte para llevar a cabo esta investigación. En lo temporal nos ubicamos dentro de un arco que va desde 1999 hasta 2006 inclusive, en pleno período de reforma educativa nacional. En lo espacial, lo circunscribimos a los textos escolares que circulan en el territorio de la provincia de Buenos Aires.

Dichas herramientas didácticas son regladas, en primera instancia, por el Estado, a través de los diseños curriculares, y pensadas - producidas por editoriales que reparten las labores en dos actores de importancia dispar, los autores (desdibujados en su visibilidad individualizada y selección de contenidos) y los editores (cuyo peso es definitorio en las maquetaciones y el diseño como también en el tratamiento de los contenidos educativos). En esta lógica particular, y sin introducirnos en el uso del manual dentro del aula, es que nos preguntamos cómo analizan los autores – editores los contenidos medievales dentro de la discursiva manualística del período abordado y que dinámica historiográfica opera en ese material didáctico.

Dentro de la historiografía escolar² que se analiza en los manuales, observamos unos discursos jerarquizados. Primero, se visibilizan aquellos elementos basados en relatos de

¹ Para mayor información sobre el tema: RODRÍGUEZ, Martha y DOBAÑO FERNANDEZ, Palmira (Comps.), *Los libros de texto como objeto de estudio*, Buenos Aires, La Colmena, 2001.

² Sobre esta categorización véase: VALLS MONTES, Rafael, *Historiografía escolar española: siglos XIX – XXI*, Madrid, UNED, 2012.

corte político – institucional, cuyas historias realzan las imágenes de reyes y monarquías, de imperios y papados, recuperando explicaciones más apropiadas del siglo XIX que del XXI. En segundo lugar, aparecen las temáticas socio-económicas, analizadas bajo la influencia de la historiografía francesa de Annales, especialmente, bajo la preeminencia de la primera y segunda generación, lo que también demuestra un arcaísmo historiográfico³ para finales de la década del noventa⁴. Por último, aparecen los temas culturales (temas que no tienen importancia cuantitativa en los diseños curriculares y tampoco en el armado historiográfico de los manuales).

Esa historiografía cultural que parece tener mucha vitalidad en los espacios académicos universitarios actuales no se corresponde con el armado de los manuales escolares de educación media, lo que nos hace poner en duda la transposición didáctica y repensar nuevas nociones en torno a las categorías cultura escolar⁵ y disciplina escolar⁶ como resistencias a los cambios, con lógica y dinamismo propio, diferente a otros espacios del saber. Para reflexionar sobre estas problemáticas, analizamos los elementos culturales, como destacados marginales y periféricos de los relatos educativos en los manuales que los integran dentro de sus discursos históricos, centrándonos especialmente en aquellos vinculados al libro medieval y a la cultura escrita⁷.

Sin lugar a dudas la obra gestada por Le Goff y Nora denominada “*Hacer la Historia*”⁸ pone en palabras los cambios operados en los últimos tiempos por el mundo de los historiadores. Obra que consideramos bisagra ya que visibiliza, desde mediados de los setenta, metodologías, objetos y problemas novedosos con los que el especialista de la

³ Esta categoría es presentada dentro del código disciplinar por: CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo, *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia*, Barcelona, Pomares - Corredor, 1997.

⁴ Téngase presente que en el tema de las ciudades medievales se sigue retomando las ideas de Pirenne sobre su tratamiento, cuando en los ámbitos académicos, durante los años noventa, ya nadie sostiene dichas teorías, presentadas como “islas de plena libertad” en contraposición al feudalismo.

⁵ JULIA, Dominique, “La cultura escolar como objeto histórico”, en: *Revista Brasileira de História da Educação*, N°1, 2001, PP. 9 – 44.

⁶ CHERVEL, André, “Historia de las disciplinas escolares. Reflexiones sobre un campo de investigación”, en: *Revista de Educación*, n° 295, 1991, pp. 59 - 111.

⁷ De una muestra general de doce ejemplares de diversas editoriales nacionales e internacionales, el tema es abordado solamente por dos, lo que sitúa al mismo en clara posición de marginalidad.

⁸ LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre, *Hacer la Historia*, Vol. I - III, Barcelona, Laia, 1985.

Historia debe convivir, un mundo de opciones y, obviamente de recortes y selecciones, tan amplio como la vida misma.

Burke en “*¿Qué es la historia cultural?*”⁹ identifica una evolución de la misma dentro de la historiografía que nos sitúa en límites tan flexibles como son los campos de lo popular, el saber y los libros, la memoria, el arte o las percepciones y emociones de los individuos. Una historia cultural que se presenta, al decir de Bajtin¹⁰, bajo una *polifonía* aludiendo a las diferentes voces que pueden oírse en un único texto. Consideramos, sin embargo, que hay diferentes tonos de voces empleados, altos (político - militares) y bajos (socio – económicos), voces susurrantes que transcurren apenas perceptibles (estudios culturales), incluso voces que son silenciadas en las generalidades del texto (Historia de las mujeres, de la niñez o de los sectores populares).

En definitiva, a pesar de observarse una revolución historiográfica en el mundo académico, no ocurre lo mismo con la cultura escolar y el desarrollo historiográfico de las disciplinas escolares, en especial de la Historia¹¹. Los temas novedosos, como los culturales, son marginales en el entramado textual de la manualística y, generalmente, aparecen entrelazados en pocas líneas narrativas, en un armazón general de otros temas que los engloban y que pertenecen a esferas institucionales más que culturales.

A pesar de la ubicación periférica en la espacialidad discursiva, detectamos un elemento cultural clave como es el libro, objeto de análisis en sí mismo que posee relativamente un valor autónomo en el tratamiento escolar que las editoriales le dedican al mismo. Se asocia con la memoria y la importancia de recordar¹² que detentan determinados sectores socio – económicos a lo largo de la historia medieval, monopolizadores del saber, poniendo centralidad al libro como espacio de lo escriturario, más que con la lectura.

⁹ BURKE, Peter, *¿Qué es la historia cultural?*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

¹⁰ Véase: BAJTIN, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1998.

¹¹ Se debe tener en cuenta que para la reforma educativa estudiada, lo medieval es abordado dentro de unas Ciencias Sociales que pretenden desdibujar los férreos límites entre dos disciplinas escolares tradicionales como son la Geografía y La Historia, no definiendo claramente, según mi opinión, las delimitaciones entre los campos del saber social, generando más incertidumbres que certezas en el campo de la acción.

¹² Véase BARRET – DUCROCQ, Françoise, *¿Por qué RECORDAR?*, Barcelona, Granica, 1999 y RICOEUR, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Solo hay dos editoriales que lo incorporan como tema de estudio, una de carácter nacional (Puerto de Palos) y otra de origen internacional (Estrada). Esto demuestra su representación secundaria, como se menciona anteriormente, dentro del recorrido historiográfico que se entrevé en los discursos de la manualística estudiada¹³, aunque en ambos casos, mantiene una lógica organizativa en todo el recorrido de las ediciones, ya que ambos sostienen un relato que inicia con la importancia de la escritura y los documentos escritos para la Historia, de la que diferencian la Prehistoria por ausencia de soporte escrito¹⁴.

Si nos centramos en lo cuantitativo, observamos que Puerto de Palos dedica al tratamiento de los libros una carilla y, aunque la espacialidad es pobre si se compara con otros temas políticos o económicos, se inserta en un conjunto temático mayor titulado “*La cultura en la Edad Media*” donde se analizan la educación, las universidades y la enseñanza dentro de las mismas y, finalmente, los libros, ocupando el conjunto tres carillas totales en una narrativa que pone foco en la historia de la educación durante el medioevo. Con respecto a Estrada, la espacialidad otorgada es de dos carillas para el estudio de los manuscritos y, a diferencia de Puerto de Palos, se inserta dentro de lo que denominan “*Arte medieval*” dejando una vinculación directa, aunque no subordinada, con la historia del arte¹⁵ y, especialmente con lo románico como valor asociativo de los manuscritos. En suma, mientras la editorial nacional visibiliza la categoría cultural como voz sonante en sus discursos, la internacional, la enmascara entre los temas de historia del arte, no pronunciando el vocablo cultura o cultural entre las palabras que utiliza en su narrativa.

¹³ Si bien la mayoría de los manuales aceptan que la Historia comienza con la invención de la escritura y ponen fuerza discursiva en ello, luego dejan sin voz, al menos en el relato medieval, a los soportes y, por ende, a la misma escritura, notándose una contradicción real entre el inicio del relato y los discursos dedicados a un período histórico concreto.

¹⁴ Esta versión tradicional de entender el abordaje histórico es común a la mayoría de los discursos en manuales de la época estudiada.

¹⁵ Consideramos que, a pesar de tener fuerte relación con el mundo del arte (conectado intertextualmente con el discurso sobre románico), mantiene su peso discursivo autónomo dentro de la espacialidad otorgada por los editores.

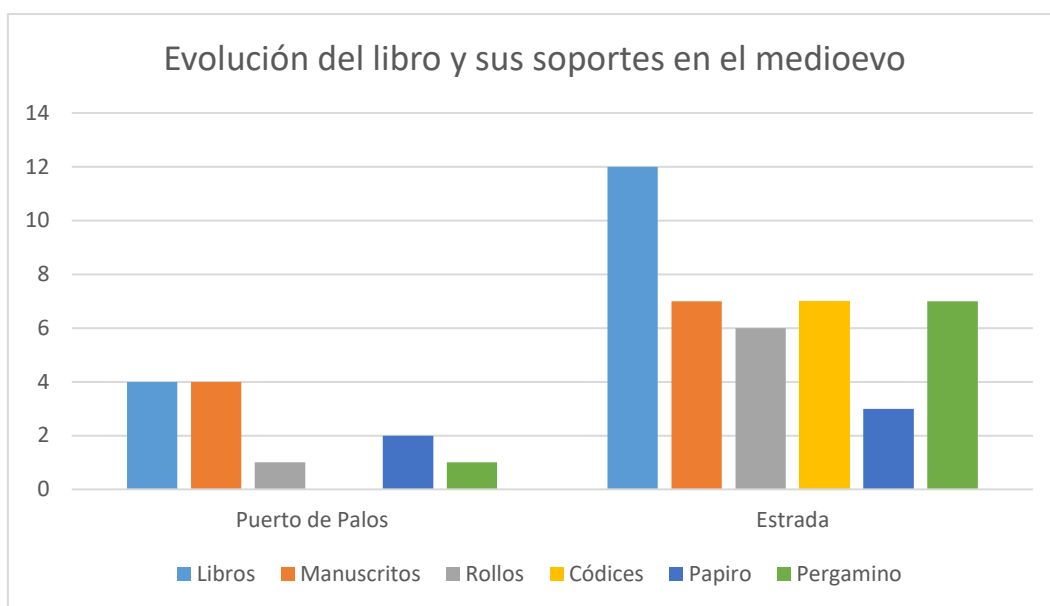
En el caso de Puerto de Palos, observamos una incongruencia entre el uso del término *cultura* utilizado en la parte general, de manera reiterada¹⁶ y, en la específica (dedicada a los libros) donde el mencionado vocablo no se visibiliza en absoluto. Para esta editorial, el concepto se define citando autores vinculados al mundo anglosajón de la década del sesenta, mediante un fragmento de Fremantle, donde se expresa que: “*A lo largo de doscientos años (siglos XII y XIII), la Edad Media contribuyó a la cultura con grandes aportaciones que subsisten todavía. Se fundaron las universidades, surgieron las primicias de la literatura occidental moderna; una filosofía de la ética reafirmó la Revelación en el terreno religioso; los gustos estéticos se articularon en la arquitectura de las catedrales, en los frescos y en la música polifónica*”¹⁷.

Téngase en cuenta que la utilización del término cultura, del que se apropia Puerto de Palos, define ampliamente el término, aunque poniendo su centralidad en elementos, vinculados a una cultura occidental caracterizada por valores cristianos. En el caso de Estrada registramos la ausencia completa del término cultura dentro del entramado discursivo referente a las artes medievales, no reconociendo directamente al libro como referencia de estudios historiográficos culturales.

Con respecto al estudio del libro en sí mismo, mientras Puerto de Palos sostiene la importancia del libro, de manera simétrica, con la categoría manuscritos, lo que nos indica su conexión fuerte con el mundo de los copistas y el hacer de los textos; Estrada, por su parte, prioriza el término libro por sobre manuscritos, englobando en la decisión una postura más general, al tiempo que compleja, del concepto a trabajarse, lo que se manifiesta a través de los diferentes tipos de soportes que Estrada menciona y sus formatos escriturarios más amplios a lo largo de todo el relato.

¹⁶ En los discursos generales sobre la educación y la enseñanza universitaria aparece cinco veces el vocablo cultura. Consideramos que ocupa una fuerte presencia discursiva si se compara con la parte específica, relativa a los libros, donde no aparece nunca dicho vocablo.

¹⁷ FREMANTLE, Anne, *La Edad de la fe*, Madrid, Time Life, 1979 (edición citada por la editorial). Publicado originalmente en 1965 con lo que se considera un texto clásico entre las producciones culturales existentes. Esto nos da señales de la bibliografía que generalmente se usa por las editoriales y que raramente en coetánea a los manuales creados.



Si se observa en detalle, Puerto de Palos plantea de forma marginal el tema de los formatos escriturarios, dejando fuera de la narrativa a los códices, elementos esenciales de la cultura medieval¹⁸, a los que se confunde con los pergaminos, esto es, con los soportes en los que se vuelcan los contenidos. Es así que se expresa: *“Los textos, habitualmente los evangelios o libros de salmos, se realizaban en papiro, material muy caro, frágil y que se podía escribir en una sola cara; los rollos de papiro se denominaban volumen. Más adelante, al generalizarse el uso del pergamino... las hojas dobladas y cosidas, fueron apiladas y sujetadas por el borde”*¹⁹. La conformación explicativa lleva a indefiniciones que pueden derivar en formas de reproducción memorística del público al que se destine la información, pues la narrativa carece de precisiones cronológicas (*más adelante*) como también conceptuales (no se precisa que es el papiro o el pergamino de forma concreta).

¹⁸ Sobre este tema véase: CARDENAL MONTERO, Elena, “El *Scriptorium* altomedieval como vehículo transmisor de la cultura”, en: AA. VV., *La enseñanza en la Edad Media*, Logroño, Institutos de Estudios Riojanos, 2000, pp. 403 – 412.

¹⁹ AA. VV., *Ciencias Sociales 7. Geografía- Historia – Formación ética y ciudadana*, Puerto de Palos, 2001, p. 190. Es así como la piel de cordero o ternero curtida y pulida se confunde en su descripción técnica con el códice que consiste en la unión de varios pergaminos que se unen, a través de una costura, en formato libro, perdiendo esa forma característica del pasado antiguo y de la temprana Edad Media dominada por los rollos de papiros.

Con respecto a Estrada, se analiza la evolución del libro desde su formato antiguo hasta el alcanzado en los tiempos medievales, al decirse que: *“Los primeros libros de Occidente no tenían la forma de los actuales: eran rollos de papiro escritos de un solo lado y, para leerlos, había que sujetarlos con las dos manos... los libros se debían copiar uno por uno: eran manuscritos, es decir, escritos a mano... Con la aparición del cristianismo, se fue imponiendo, poco a poco, una nueva forma para los libros: el códice, que es la que tienen los libros actuales”*²⁰.

Si bien Estrada, al igual que Puerto de Palos, plantea una historia del libro basada en lo occidental cristiano con evidentes imprecisiones cronológicas, se diferencia en la claridad a la hora de dar definiciones, precisándole al lector, dentro del propio discurso los significados como el de manuscrito, a la vez que, representando, de forma sencilla, una evolución didáctica de los diferentes formatos a lo largo del tiempo, tomando como referencia constante el libro actual al que los lectores observan como modelo comparativo.

Estrada, a diferencia de la editorial nacional, no solo aborda ampliamente el tema de los códices y su soporte, el pergamino; sino que los define con vivencia clara. Sobre los primeros, se expresa que son: *“un conjunto de páginas unidas por uno de sus lados (el lomo). Los códices de esa época eran, en su mayoría, de pergamino²¹, es decir, de un cuero muy fino y pulido. Resultaban más baratos que los rollos, por dos razones: porque a diferencia del papiro –importado de Egipto– el pergamino podía conseguirse en cualquier lugar, y porque los códices permitían que se escribiera de los dos lados de la hoja”*²².

Consideramos que ambas editoriales insertan al libro dentro de los marcos generales de estudios culturales; sin embargo, el nivel de tratamiento, respecto del libro y su contexto de producción, alcanza un alto desarrollo en la editorial Estrada, lo que facilitaría, en caso de trabajarse en el aula, el acercamiento comprensivo del tema al joven lector o, incluso,

²⁰ AA. VV., *Ciencias Sociales 7*, Buenos Aires, Estrada, 2003, p. 258.

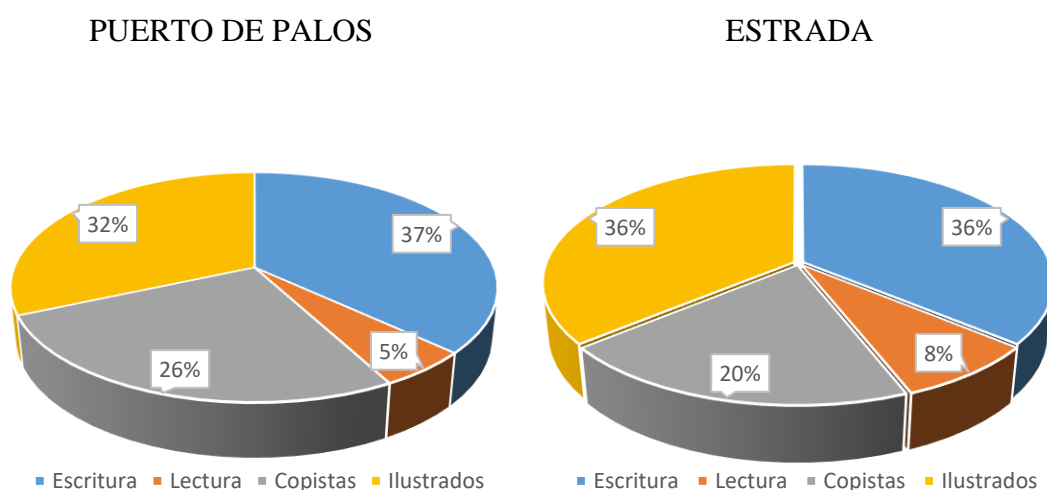
²¹ Posteriormente se detalla todo el proceso de fabricación del pergamino, de la que se dice: *“empleado como soporte de la escritura [y] se elaboraba a partir de piel de cordero, ternero o cabra, a la que se había quitado el pelo. La piel se raspaba y se maceraba en agua de cal – para quitarle la grasa -; luego se la frotaba con polvo de yeso y se la pulía”*. Estrada, *Ibid.*, p. 258.

²² Estrada, *Ibid.*

a docentes que adquieren el material por primera vez y no son especialistas en lo medieval, facilitando los procesos de transmisión del conocimiento específico de manera más clara.

Por último, nos interesa analizar la importancia que posee la escritura en relación a los copistas, como también, frente a las ilustraciones que acompañan las narrativas textuales y su vinculación con el rol otorgado a la lectura.

En el caso de Puerto de Palos, observamos que los términos que se imponen son los referidos a la escritura, en concordancia con un discurso que valoriza la cultura escrita como central en la narrativa. En segundo lugar, aparece la imagen y su producción a la que se dedica un apartado denominado “*Las iluminaciones*”. En tercer lugar, el texto visibiliza a los copistas, poniendo materialidad representativa en esos monjes que vuelcan, a través del Scriptorium, su arte, el de conservar los textos pasados, en tanto salvaguarda de una memoria colectiva o, al menos, la de un grupo con poder. Por último, se encuentra, desde una posición marginal, la lectura, esto es, aquella faceta del libro que emana sonoridad y voz representando en la cultura medieval el acercamiento del texto escrito hacia una mayoría de hombres y mujeres analfabetos.



Gráficos de producción propia.

Si comparamos el gráfico entre ambas editoriales, notamos una primera y gran diferencia entre la editorial nacional que ya desarrollamos, y Estrada. Para esta última, se pone en

pie de igualdad²³ imagen y palabra, esto es, los símbolos referentes a lo iconográfico y lo narrativo, lo que tiene su lógica al expresarse que dicho tema forma parte de la historia del arte, a pesar de titularse “*Los manuscritos medievales*”, haciendo pensar, a simple vista, que solo dedica esfuerzos a explicar la cultura escrita. En segundo lugar, se coloca la relación con los copistas, más baja en representación que la que adquiere para Puerto de Palos. En tercer lugar, ubicamos a la lectura, la cual aumenta su visibilidad en la editorial internacional, aunque siempre manteniendo una posición periférica con respecto a los otros elementos existentes.

Con respecto al binomio escritura – ilustraciones, Puerto de Palos lo ubica fuera del texto principal, en un recuadro periférico, en lo que denominan “*Las iluminaciones*”, donde se ponen en diálogo con las miniaturas, al expresarse que: “*La composición de una página iluminada pasaba por una serie de etapas: en primer lugar el trazado a lápiz de todos los elementos de la composición...luego la aplicación de las tintas, y finalmente las labores de dorado y realzado. El color rojo, ampliamente utilizado, se obtenía mezclando minio con clara o yema de huevo...El término miniatura que se aplica a las ilustraciones realizadas según este procedimiento, alude al uso que del minio se hacía para su confección*”²⁴.

A pesar de plantear los pasos pertinentes a la confección de iluminaciones en un formato que entendemos claro para el lector, no termina definiendo ninguno de los conceptos claves que plantea, con el agravante de conectar confusamente las iluminaciones y las miniaturas. Destacamos, sin embargo, una imagen icónica que acompaña al desarrollo del discurso, que aunque no posee referencia alguna, muestra un folio de libro medieval en el que conviven infinitud de colores, dibujos pictóricos y, bajo los mismos, un texto, demostrando la coexistencia de escritura e imagen en la misma espacialidad²⁵.

²³Si bien Estrada sostiene los mismos porcentajes entre la escritura y las ilustraciones; Puerto de Palos pone a las imágenes en un lugar importante al ubicarla en un segundo puesto junto a las escrituras, aunque no llegue a la cifra alcanzada en la editorial internacional.

²⁴ Puerto de Palos, *Ibíd.*, p. 190.

²⁵ La imagen se encuentra sobre el párrafo periférico de las iluminaciones, en una posición y un tamaño aún más marginal que el texto escrito que referenciamos.



Estrada, una vez más, plantea una didáctica mayor²⁶ al desarrollar categóricamente el tema desde sus definiciones claras y precisas, enunciando que: *“Además de textos, los manuscritos medievales solían incluir distintos tipos de ilustraciones, que habitualmente eran realizadas por monjes especializados... Las letras iniciales de diferentes párrafos o capítulos también solían estar ilustradas... se ornamentaban con pequeñas ilustraciones autónomas. Eran conocidas como miniaturas, no por su tamaño, sino porque para pintarlas se utilizaba el minium – bermellón en latín -. Si además de colores se empleaba el oro... se las llamaba iluminaciones, de lumen – luz –”*²⁷.

Estrada plantea las diferencias conceptuales entre aquellas miniaturas que son iluminadas y aquellas que no, en torno al valor del trabajo en oro que realizan especialistas ilustradores pertenecientes al mundo religioso medieval. Consideramos que, si bien, la extensión dedicada al tema es mayor en la editorial internacional pudiéndose explicar con amplitud el tema trabajado, la claridad en el proceso de armado de definiciones categóricas es independiente de su espacialidad, lo que hace del discurso en Estrada, algo, además de novedoso, claro en su comprensión para los jóvenes lectores que deben afrontar el tema. Estas aportaciones crecen, además, con la implementación, en el caso de Estrada, de cuatro ejemplos²⁸ iconográficos que acompañan la explicación específica.

²⁶ Pensemos que el lector al que va dirigido el material tiene entre trece y catorce años, necesitando definiciones textuales acordes a su comprensión histórica.

²⁷ Estrada, *Ibíd.*, p. 259.

²⁸ Se visibilizan dos iniciales ornamentadas (la letra C y la O), una letra Q historiada y lo más llamativo, a nuestro entender, es una página donde se visualizan en conjunto texto e ilustraciones como un todo dentro de un libro del siglo XV.

Dichas imágenes se ubican en posiciones importantes dentro de la carilla, compartiendo centralidad con el desarrollo de lo escrito.

En cuanto a los elementos escritura – copistas – lectura se puede realizar un análisis conjunto de las mencionadas categorías. Los dos primeros actúan como complementos ya que los escribas dan materialidad a la escritura, esto es, humanizan dicha práctica como motor de reproducción de la cultura. En ese escenario, la lectura aporta a la cultura escrita dinamismo y mayor marco de difusión, pensando en una sociedad eminentemente analfabeta, la cual depende de sujetos que tornen colectiva la acción de leer lo que previamente se escribe.

El copista adquiere para Puerto de Palos una doble funcionalidad referente al espacio donde actúe. Es así que: *“Los manuscritos constituyeron una importante fuente de ingresos para los monasterios y abadías en los siglos IX y X. En el scriptorium, generalmente cerca de la biblioteca, los monjes copiaban y decoraban los manuscritos...A partir del siglo XII, antiguos colaboradores de los monjes en la tarea de iluminar manuscritos comenzaron a escribir los documentos oficiales de las ciudades; luego, organizaron talleres que ampliaron la producción mediante textos de filosofía, matemática y astronomía. La organización de talleres acortó los tiempos de realización de las copias y redujo los costos, de manera tal que los libros dejaron de ser objetos de lujo y se difundieron... en las universidades y en la burguesía”*²⁹.

Coherente con el discurso mantenido en el abordaje del mundo urbano donde los artesanos y sus talleres adquieren real protagonismo, pone nuevamente al libro en una doble lectura de corte temporal. Por un lado, una alta Edad Media dominada por el accionar de monjes copistas cuyas obras se centran eminentemente en temáticas religiosas. Por otro lado, una baja Edad Media dominada por un nuevo tipo de copista urbano, el que no produce solamente para las esferas aristocráticas de la sociedad feudal, sino para un público más amplio, vinculado a esferas burguesas, el cual acompaña la entrada de nuevas temáticas al saber y la cultura de la época.

Si bien el mundo de la escritura y los copistas se muestra complejo y cambiante según los diferentes tiempos históricos; la lectura, evaluada como tercer factor de discusión, viene

²⁹ Puerto de Palos, *Ibíd.*, p. 190.

a poner en contradicción el discurso narrado previamente ya que, al principio del capítulo se inicia declarando que: “*Durante la Edad Media, muy pocos laicos sabían leer y escribir*”³⁰, frase que se nos presenta remarcada en negrita, cerrando el saber, de manera indirecta y homogénea a los hombres religiosos de la época y abriendo un interrogante: ¿Si los copistas producen cada vez más textos para nuevos públicos burgueses, como entender que haya pocos laicos letrados? Es en estos casos cuando observamos contradicciones historiográficas superpuestas dentro del discurso presentado por la editorial.

En suma, se pone en entredicho la idea de una amplia producción de libros destinados a un nuevo público en la baja Edad Media y el pobre manejo de lecto – escritura que poseen los laicos, mayormente vinculados con la burguesía en el relato, durante toda la Edad Media. Contradicción que vuelve al discurso frágil y confuso, corriendo el riesgo de estudiarse a través de formas memorísticas³¹ por su no comprensión general.

Con respecto a Estrada, la editorial centra al escriba dentro del mundo religioso. El copista coincide con la figura del monje, cerrando ese espacio a un contexto vinculado exclusivamente al poder cristiano de los primeros tiempos medievales, donde se analiza la escritura bajo un formato de fuerte conservación religiosa³², al decirse que: “*Los monjes copiaban en los monasterios textos de carácter religioso... En algunos casos, también transcribían textos clásicos en latín y en griego, ya que necesitaban conocer y, de alguna manera, practicar estas lenguas para leer los textos religiosos*”³³.

La vinculación a los textos clásicos y profanos se da mediatizada por los lazos cristianos, dándose a entender; primero, que las lenguas que dominan la escritura de esos libros son las clásicas, eso es, latín o griego, dejando entrever rasgos culturales que conectan el pasado romano con la escritura analizada, reforzando la premisa que lo cultural se mueve

³⁰ Ibíd. Sobre esta afirmación, controvertida y genérica, que alude a un clero homogéneamente letrado, especialmente si se piensa en los primeros siglos medievales, Cf. BOWEN, James, *Historia de la Educación occidental. La civilización de Europa. Siglos VI – XVI*, Tomo II, Barcelona, Herder, 1992.

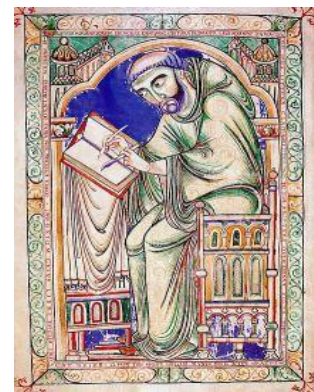
³¹ Estas prácticas nos recuerdan formatos tradicionales de enseñar historia, lo cual quitaría todo sesgo novedoso si no se comprende la importancia del porqué estudiar ese tema y como abordarlo.

³² Se pone el foco en los intercambios de libros entre monasterios, proceso que es ayudado por el movimiento de peregrinaciones a Roma. No se cita nada referente a universidades o a los sectores burgueses urbanos como sí ocurre con Puerto de Palos.

³³ Estrada, Ibíd., p. 258.

en tiempos largos de duración; segundo, que la importancia de esos textos profanos es solo funcional a la sacralidad ejercida por la Iglesia. En ese sentido, tanto los copistas como la lecto – escritura que ellos ejercen es operativa a un bien superior, el de la institución eclesiástica y la conservación de su propio pasado.

Tanto en Puerto de Palos como en Estrada se acompaña el tema copistas con una imagen de un monje en su pupitre ejerciendo la tarea de escritura. En el caso de la primera se elige un icono de color sepia que abarca importantes dimensiones dentro del conjunto estudiado y visibiliza a Jean Miélot, representado como el letrado y copista ideal. Con respecto a la segunda, se plantea una obra de suaves colores, la que representa a Eadwine, monje benedictino del siglo XII, trabajando en la escritura de un manuscrito en el Scriptorium. Ambas imágenes vuelcan la idea de un trabajo solitario del monje donde la escritura es centro de la obra, careciendo de toda representación el acto de la lectura.



Estrada, con respecto a la lectura, sostiene dos ejes de análisis. Por un lado, se refuerza la unidad discursiva entre lectura, escritura y su materialización en la representación de los monjes – copistas, mediante su accionar como custodios de los libros sagrados y, por ende, de la religiosidad³⁴ que de ellos se desprende para toda la comunidad cristiana medieval. Por otro lado, plantea una lectura que une al texto con el copista en solitario y no como formato comunitario de distribución del saber.

El copista, durante la narrativa, se lo recorta en su dimensión de mero reproductor de libros, poniéndolo al nivel de una impresora humana y excluyendo del relato sus facetas más ricas y, tal vez, las que aportan mayores elementos a lo cultural como son el desarrollo y análisis de la escritura personal de los monjes con sus propios sellos literarios

³⁴ Usamos la palabra religiosidad y no cultura ya que la editorial no usa el segundo vocablo en su discurso.

distintivos³⁵ y también, los ejercicios de lectura individual y/o comunitaria que realizan dentro del monasterio para un público, con diversos problemas de analfabetismo. De estos elementos de la vida cotidiana en el monasterio³⁶ nada se dice, transformándose en un discurso puramente técnico de los elementos escriturarios que necesita el monje para ejecutar la tarea de copia sobre manuscritos (tinteros, plumas, raspadores).

La idea de un monje copista va en concordancia con la idea central de este capítulo, demostrar que solo ellos pueden en este período histórico conservar la cultura en Occidente y reforzarla en cada reproducción recreada por medio de la escritura. Sobre esto, la misma editorial nos expresa: “*Conocemos los libros elaborados en Irlanda, por ejemplo, gracias a los que se conservaron en los monasterios fundados por sus monjes en el resto de Europa, ya que durante las invasiones de los vikingos, estos destruyeron los monasterios de las islas y acabaron con casi todos sus libros*”³⁷.

Consideramos a esta cita de suma claridad, ya que bucea en la profundidad del porqué se elige este tema, la importancia de indagarnos como sujetos históricos en los interrogantes del ¿Por qué RECORDAR?³⁸ Y, en ello, ambas editoriales ponen un acento clave en la escritura como motor en la selección de una memoria, esto es, en un pasado que “*implica la presencia de una cosa que está ausente*”³⁹ pero que logra revivirse cada vez que se vuelca en palabras, en textos o libros que se resignifican en cada proceso de gestación.

Conclusión:

En síntesis, este trabajo pretende reflexionar acerca de una historiografía escolar que no se condice con aquella abordada en los ámbitos especializados del saber académico. La

³⁵ Sobre las anotaciones de los monjes copistas, podemos encontrar sentimientos, quejas o fantasías que no pueden expresarse a viva voz dentro del Scriptorium y que los monjes se encargan de dejar anotadas en los márgenes de los manuscritos que tienen a su cargo. Sobre este tema trabaja CAMILLE, Michel, ‘*Image on the Edge: The Margins of Medieval Art*’, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

³⁶ Nada se dice de las religiosas mujeres, si pueden o no llevar a cabo la tarea de copistas como los hombres. Una vez más, se dirige el discurso hacia lo masculino.

³⁷Estrada, Ibid., p. 258.

³⁸ Véase BARRET – DUCROCQ, Françoise, ¿*Por qué RECORDAR?*, Ibid.

³⁹ RICOEUR, Paul, “Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico”, en: BARRET – DUCROCQ, Françoise, Ibid., p. 25.

mayoría de los manuales escolares, en especial, los de mayores tiradas en el mercado, refuerzan los relatos tradicionales del pasado medieval repitiendo, año tras año, idénticos esquemas explicativos donde los relatos culturales quedan fuera de cualquier tipo de análisis.

Traemos el tema de los libros en el marco de la cultura en la Edad Media, pues aparece al tiempo, como eje novedoso (rompe con los discursos políticos y económicos dominantes en la mayoría de los textos escolares) y marginal (solo es analizado en dos editoriales -Tinta Fresca y Estrada - como tema en sí mismo, o sea, con entidad propia).

Respecto a sus formatos explicativos, plantean varias críticas, las que aluden a la presentación del tema, claridad y coherencia argumentativa al proponer definiciones y contradicciones teóricas en la relación entre escritura y lectura. Sin embargo, incluso con las problemáticas marcadas hasta el momento, ambas editoriales destacan por romper el discurso historiográfico escolar tradicional y, arriesgarse, desde posiciones ideológicas diferentes, a unificar criterios frente a un tema novedoso, a nuestro entender, como es la historia del libro y sus diferentes representaciones, soportes y formatos. Esto visibiliza pequeños cambios que acercan, lentamente, ambas historiografías – la escolar y la académica- las cuales hoy se hallan disociadas casi por completo en detrimento de la enseñanza de los niveles medios.